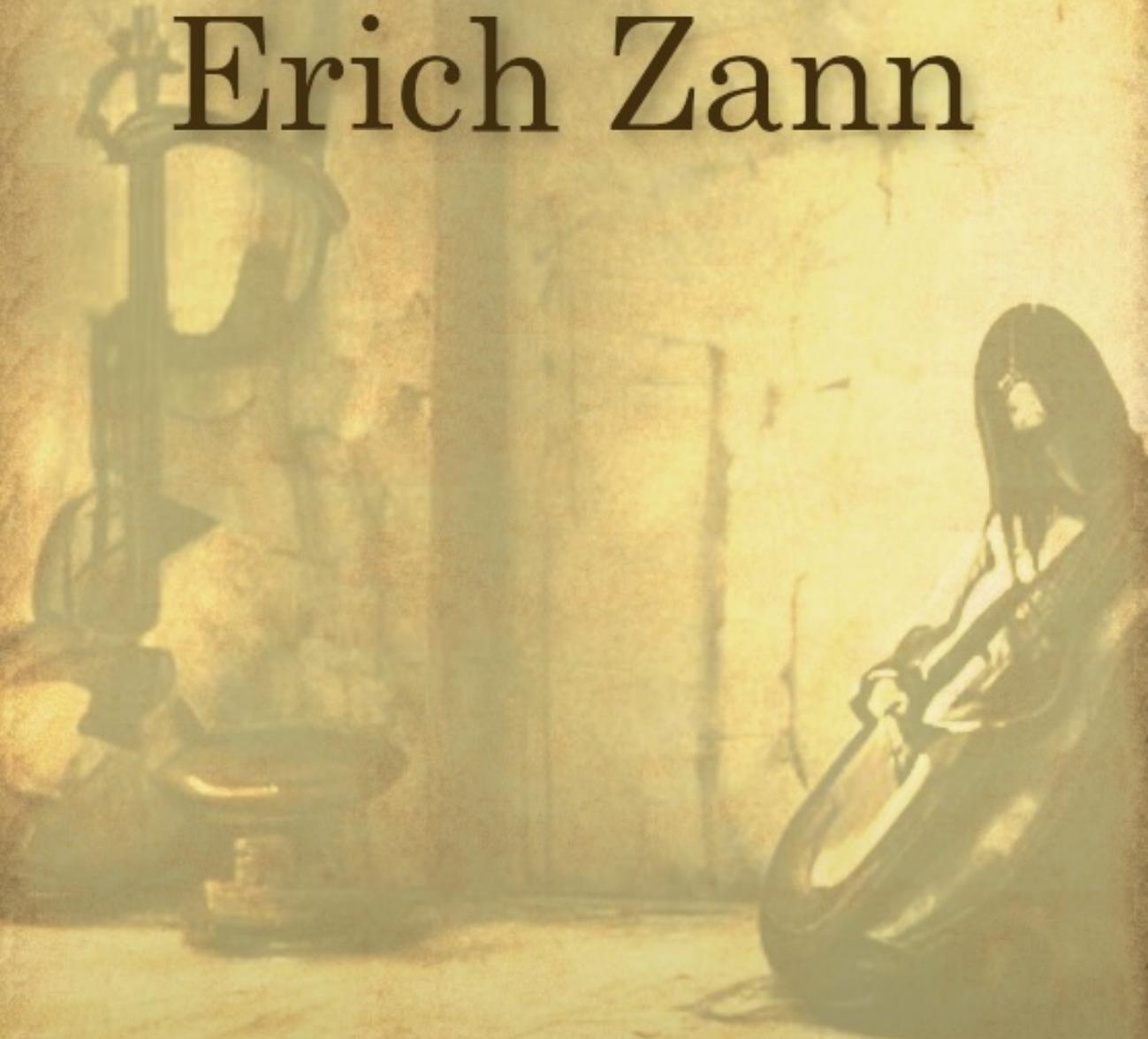




H. P. Lovecraft

La música de  
Erich Zann



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA MÚSICA DE ERICH ZANN**

**H. P. LOVECRAFT**

**PUBLICADO: 1922  
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

## LA MÚSICA DE ERICH ZANN

He examinado los mapas de la ciudad con el mayor cuidado, pero nunca he vuelto a encontrar la Rue d'Auseil. Estos mapas no han sido únicamente mapas modernos, pues sé que los nombres cambian. Por el contrario, he profundizado en todas las antigüedades del lugar, y he explorado personalmente todas las regiones, de cualquier nombre, que pudieran responder a la calle que yo conocía como Rue d'Auseil. Pero a pesar de todo lo que he hecho, sigue siendo un hecho humillante que no pueda encontrar la casa, la calle, o incluso la localidad, donde, durante los últimos meses de mi empobrecida vida como estudiante de metafísica en la universidad, escuché la música de Erich Zann.

Que mi memoria esté rota no me extraña, pues mi salud, física y mental, estuvo gravemente perturbada durante todo el período de mi residencia en la calle de Auseil, y recuerdo que no llevé allí a ninguno de mis pocos conocidos. Pero el hecho de que no pueda volver a encontrar el lugar es a la vez singular y desconcertante, ya que se encontraba a media hora a pie de la universidad y se distinguía por unas peculiaridades que difícilmente podrían ser olvidadas por cualquiera que hubiera estado allí. Nunca he conocido a una persona que haya visto la Rue d'Auseil.

La Rue d'Auseil se extendía a través de un río oscuro, bordeado por precipitados almacenes de ladrillos con ventanas oscuras y atravesado por un pesado puente de piedra oscura. El río estaba siempre sombrío, como si el humo de las fábricas vecinas impidiera el paso del sol. El río era también oloroso con hedores malignos que nunca he oído en otro lugar, y que algún día podrían ayudarme a encontrarlo, ya que los reconocería enseguida. Más allá del puente había calles estrechas y empedradas con raíles; y luego venía

la subida, al principio gradual, pero increíblemente empinada al llegar a la Rue d'Auseil.

Nunca he visto otra calle tan estrecha y empinada como la Rue d'Auseil. Era casi un acantilado, cerrado a todos los vehículos, que consistía en varios tramos de escaleras, y que terminaba en la parte superior en un alto muro cubierto de hiedra. Su pavimento era irregular, a veces con losas de piedra, a veces con adoquines, y a veces con tierra desnuda con una vegetación gris verdosa que se resistía. Las casas eran altas, con tejados en forma de pico, increíblemente viejas y locamente inclinadas hacia atrás, hacia delante y hacia los lados. De vez en cuando, un par de casas opuestas, ambas inclinadas hacia delante, casi se encontraban al otro lado de la calle como un arco; y ciertamente, mantenían la mayor parte de la luz del suelo de más abajo. Había algunos puentes aéreos de casa a casa al otro lado de la calle.

Los habitantes de esa calle me impresionaron de manera peculiar; al principio pensé que era porque todos eran silenciosos y reticentes; pero después decidí que era porque todos eran muy viejos. No sé cómo llegué a vivir en una calle así, pero no era yo mismo cuando me mudé allí. Había estado viviendo en muchos lugares pobres, siempre desalojado por falta de dinero; hasta que por fin di con aquella casa tambaleante de la calle de Auseil que mantenía el paralítico Blandot. Era la tercera casa desde lo alto de la calle, y con mucho la más alta de todas.

Mi habitación estaba en el quinto piso; la única habitación habitada, ya que la casa estaba casi vacía. La noche que llegué oí una música extraña procedente de la buhardilla, y al día siguiente le pregunté al viejo Blandot por ella. Me dijo que se trataba de un viejo violero alemán, un extraño mudo que firmaba como Erich Zann, y que tocaba por las noches en una orquesta de teatro barata; añadiendo que el deseo de Zann de tocar por la noche después de su regreso del teatro era la razón por la que había elegido esta buhardilla elevada y aislada, cuya única ventana del frontón era el único punto de la calle desde el que se podía mirar por encima de la pared final el declive y el panorama más allá.

A partir de entonces, escuché a Zann todas las noches y, aunque no me dejaba dormir, me atormentaba la rareza de su música. Aunque no conocía el arte, estaba seguro de que ninguna de sus armonías tenía relación con la música que había escuchado antes, y concluí que era un compositor de ge-

nio muy original. Cuanto más escuchaba, más me fascinaba, hasta que al cabo de una semana decidí conocer al viejo.

Una noche, cuando regresaba de su trabajo, intercepté a Zann en el pasillo y le dije que me gustaría conocerlo y estar con él cuando tocara. Era una persona pequeña, delgada y encorvada, con ropas raídas, ojos azules, rostro grotesco y satírico, y cabeza casi calva; y ante mis primeras palabras pareció enfadado y asustado. Sin embargo, mi evidente simpatía acabó por ablandarlo, y me hizo un gesto de mala gana para que lo siguiera por la oscura, chirriante y desvencijada escalera del ático. Su habitación, una de las dos únicas de la empinada buhardilla, estaba en el lado oeste, hacia el alto muro que formaba el extremo superior de la calle. Su tamaño era muy grande, y parecía aún mayor por su extraordinaria aridez y abandono. En cuanto a los muebles, sólo había un estrecho somier de hierro, un sucio lavabo, una pequeña mesa, una gran librería, un atril de hierro y tres sillas anticuadas. Las hojas de música estaban apiladas en desorden por el suelo. Las paredes eran de tablas desnudas, y probablemente nunca habían conocido el yeso; mientras que la abundancia de polvo y telarañas hacía que el lugar pareciera más desierto que habitado. Evidentemente, el mundo de la belleza de Erich Zann se encontraba en algún lejano cosmos de la imaginación.

Al indicarme que me sentara, el mudo cerró la puerta, giró el gran cerrojo de madera y encendió una vela para aumentar la que había traído consigo. Ahora sacó su violín de su apolillada funda y, tomándolo, se sentó en la menos incómoda de las sillas. No utilizó el atril, sino que, sin ofrecer ninguna opción y tocando de memoria, me encantó durante más de una hora con unas melodías que nunca había oído antes; unas melodías que debían ser de su propia invención. Describir su naturaleza exacta es imposible para alguien no versado en música. Eran una especie de fuga, con pasajes recurrentes de la más cautivadora calidad, pero para mí eran notables por la ausencia de cualquiera de las extrañas notas que había escuchado desde mi habitación de abajo en otras ocasiones.

Recordaba esas notas inquietantes, y a menudo las había tarareado y silbado de forma imprecisa, así que cuando el músico dejó su instrumento, le pregunté si podría interpretar algunas de ellas. Cuando comencé mi petición, el arrugado rostro de sátiro perdió la aburrida placidez que había poseído durante la interpretación, y pareció mostrar la misma curiosa mezcla de ira y miedo que había notado cuando abordé por primera vez al anciano.

Por un momento me sentí inclinado a usar la persuasión, considerando más bien a la ligera los caprichos de la senilidad; e incluso intenté despertar el humor más raro de mi anfitrión silbando algunas de las melodías que había escuchado la noche anterior. Pero no seguí este camino más que un momento, porque cuando el músico mudo reconoció el aire silbado, su rostro se distorsionó repentinamente con una expresión totalmente imposible de analizar, y su larga, fría y huesuda mano derecha se extendió para detener mi boca y silenciar la burda imitación. Al hacer esto, demostró aún más su excentricidad al lanzar una mirada asustada hacia la única ventana con cortinas, como si temiera a algún intruso, una mirada doblemente absurda, ya que la buhardilla se encontraba en lo alto y era inaccesible por encima de todos los tejados adyacentes, siendo esta ventana el único punto de la empinada calle, como me había dicho el conserje, desde el que se podía ver por encima del muro de la cima.

La mirada del anciano me trajo a la mente el comentario de Blandot, y con cierta caprichosa sensación sentí el deseo de contemplar el amplio y vertiginoso panorama de tejados iluminados por la luna y las luces de la ciudad más allá de la cima de la colina, que de todos los habitantes de la calle de Auseil sólo este músico desgarbado podía ver. Me acerqué a la ventana y quise descorrer las anodinas cortinas, cuando, con una rabia aún mayor que la anterior, el mudo inquilino se abalanzó de nuevo sobre mí, esta vez haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta, mientras se esforzaba nerviosamente por arrastrarme hacia ella con ambas manos. Ahora, completamente disgustado con mi anfitrión, le ordené que me soltara, y le dije que me iría de inmediato. Su agarre se relajó, y al ver mi disgusto y mi ofensa, su propia ira pareció remitir. Volvió a tensar su relajante agarre, pero esta vez de forma amistosa, obligándome a sentarme en una silla; luego, con una apariencia de melancolía, cruzó a la mesa desordenada, donde escribió muchas palabras con un lápiz, en el laborioso francés de un extranjero.

La nota que finalmente me entregó era un llamamiento a la tolerancia y al perdón. Zann decía que era viejo, estaba solo y aquejado de extraños temores y trastornos nerviosos relacionados con su música y con otras cosas. Le había gustado que yo escuchara su música y deseaba que volviera a venir y que no le importaran sus excentricidades. Pero no podía tocar para otro sus extrañas armonías, y no soportaba oírlas de otro; tampoco podía soportar que otro tocara algo en su habitación. Hasta nuestra conversación en el ves-

tíbulo no había sabido que yo podía escuchar su interpretación en mi habitación, y ahora me preguntó si podía acordar con Blandot que tomara una habitación más baja donde no pudiera oírle por la noche. Escribió que pagaría la diferencia del alquiler.

Mientras me sentaba a descifrar el execrable francés, me sentí más indulgente con el anciano. Era víctima de un sufrimiento físico y nervioso, como yo; y mis estudios metafísicos me habían enseñado a ser amable. En el silencio se oyó un leve sonido procedente de la ventana -la persiana debió de vibrar con el viento nocturno- y, por alguna razón, me sobresalté casi tan violentamente como Erich Zann. Cuando terminé de leer, estreché la mano de mi anfitrión y me marché como un amigo.

Al día siguiente, Blandot me dio una habitación más cara en el tercer piso, entre los apartamentos de un viejo prestamista y la habitación de un respetable tapicero. En el cuarto piso no había nadie.

No tardé en comprobar que el afán de Zann por mi compañía no era tan grande como había parecido mientras me convencía de bajar del quinto piso. No me pedía que lo llamara, y cuando lo hacía parecía inquieto y tocaba con desgana. Esto era siempre por la noche; durante el día dormía y no admitía a nadie. Mi afición por él no aumentó, aunque la habitación del ático y la extraña música parecían ejercer una extraña fascinación sobre mí. Sentía un curioso deseo de mirar por aquella ventana, por encima de la pared y por la invisible pendiente, los relucientes tejados y agujas que debían de estar allí extendidos. Una vez subí a la buhardilla durante las horas de teatro, cuando Zann no estaba, pero la puerta estaba cerrada.

Lo que sí conseguí fue escuchar los juegos nocturnos del viejo mudo. Al principio subía de puntillas a mi antiguo quinto piso, y luego me atreví a subir la última y chirriante escalera hasta la buhardilla. Allí, en el estrecho vestíbulo, fuera de la puerta con cerrojo y con el ojo de la cerradura tapado, oía a menudo sonidos que me llenaban de un temor indefinible, el temor de una vaga maravilla y un misterio inquietante. No era que los sonidos fueran horribles, pues no lo eran, sino que contenían vibraciones que no sugerían nada en este globo terráqueo, y que a ciertos intervalos asumían una cualidad sinfónica que difícilmente podía concebir como producida por un solo intérprete. Ciertamente, Erich Zann era un genio de gran poder. A medida que pasaban las semanas, la interpretación se volvía más salvaje, mientras

que el viejo músico adquiriría una macilencia y una furia cada vez más lamentables. Ahora se negaba a admitirme en cualquier momento, y me rehuía cada vez que nos encontrábamos en la escalera.

Entonces, una noche, mientras escuchaba en la puerta, oí los chillidos del violín convertirse en una caótica babel de sonidos; un pandemónium que me habría llevado a dudar de mi propia y temblorosa cordura si no hubiera llegado desde detrás de aquel portal enrejado una lastimosa prueba de que el horror era real: el horrible e inarticulado grito que sólo un mudo puede emitir, y que sólo se eleva en los momentos de más terrible miedo o angustia. Llamé repetidamente a la puerta, pero no recibí respuesta. Después esperé en el negro pasillo, temblando de frío y miedo, hasta que oí el débil esfuerzo del pobre músico por levantarse del suelo con la ayuda de una silla. Creyendo que acababa de recobrar el conocimiento después de un desmayo, reanudé mis golpes, gritando al mismo tiempo mi nombre de forma tranquilizadora. Oí que Zann se acercaba a la ventana y cerraba el postigo y la hoja, y que se dirigía a la puerta, que descerrajaba vacilantemente para admitirme. Esta vez su alegría por tenerme presente era real, pues su rostro distorsionado brillaba de alivio mientras se aferraba a mi abrigo como un niño se aferra a las faldas de su madre.

Temblando patéticamente, el anciano me obligó a sentarme en una silla mientras él se hundía en otra, junto a la cual su viola y su arco yacían descuidadamente en el suelo. Permaneció sentado durante algún tiempo inactivo, asintiendo extrañamente, pero con una paradójica impresión de escucha intensa y asustada. Posteriormente pareció estar satisfecho, y cruzando a una silla junto a la mesa escribió una breve nota, me la entregó, y volvió a la mesa, donde comenzó a escribir rápida e incesantemente. La nota me imploraba, en nombre de la misericordia, y en aras de mi propia curiosidad, que esperara donde estaba mientras él preparaba un relato completo en alemán de todas las maravillas y terrores que lo acosaban. Esperé, y el lápiz del mudo voló.

Fue quizás una hora más tarde, mientras yo seguía esperando y mientras las hojas escritas febrilmente por el viejo músico seguían apilándose, cuando vi a Zann sobresaltarse como por la insinuación de una horrible conmoción. Inevitablemente, miraba hacia la ventana con cortinas y escuchaba estremecedoramente. Entonces me pareció oír un sonido; aunque no era un sonido horrible, sino una nota musical exquisitamente baja e infinitamente

lejana, que sugería un intérprete en una de las casas vecinas, o en alguna morada más allá del alto muro sobre el que yo nunca había podido mirar. El efecto sobre Zann fue terrible, porque, dejando caer su lápiz, se levantó de repente, cogió su viola y empezó a desgarrar la noche con el toque más salvaje que jamás había oído de su arco, salvo cuando escuchaba en la puerta enrejada.

Sería inútil describir la forma de tocar de Erich Zann en aquella terrible noche. Era más horrible que todo lo que había escuchado, porque ahora podía ver la expresión de su rostro y darme cuenta de que esta vez el motivo era el miedo. Trataba de hacer ruido, de ahuyentar algo o de ahogar algo, lo cual no podía imaginar, aunque me parecía que debía ser impresionante. La interpretación se volvió fantástica, delirante e histérica, pero mantuvo hasta el final las cualidades de genio supremo que yo sabía que poseía este extraño anciano. Reconocí la melodía: era una salvaje danza húngara popular en los teatros, y reflexioné por un momento que era la primera vez que oía a Zann tocar la obra de otro compositor.

Más y más fuerte, más y más salvaje, se elevó el chillido y el gemido de aquella viola desesperada. El intérprete chorreaba una extraña sudoración y se retorció como un mono, mirando siempre frenéticamente a la ventana con cortinas. En sus frenéticos acordes casi podía ver a sátiros y bacanales sombríos bailando y girando locamente a través de abismos hirvientes de nubes y humo y relámpagos. Y entonces me pareció oír una nota más grave y firme que no procedía del violín; una nota tranquila, deliberada, decidida y burlona, procedente de un lugar lejano del Oeste.

En ese momento, la persiana empezó a traquetear con el aullante viento nocturno que había surgido fuera, como si respondiera al loco juego interior. La chillona viola de Zann se superó a sí misma emitiendo sonidos que nunca había pensado que pudiera emitir una viola. La persiana sonó más fuerte, se desprendió y comenzó a golpear la ventana. Entonces el cristal se rompió estremecedoramente bajo los persistentes impactos, y el viento helado se precipitó, haciendo chisporrotear las velas y haciendo crujir las hojas de papel sobre la mesa donde Zann había empezado a escribir su horrible secreto. Miré a Zann y vi que ya no era consciente. Sus ojos azules estaban desorbitados, vidriosos y sin visión, y el frenético juego se había convertido en una orgía ciega, mecánica e irreconocible que ninguna pluma podía siquiera sugerir.

Una repentina ráfaga, más fuerte que las demás, atrapó el manuscrito y lo llevó hacia la ventana. Seguí las hojas voladoras con desesperación, pero desaparecieron antes de que llegara a los cristales demolidos. Entonces recordé mi viejo deseo de mirar desde esta ventana, la única ventana de la calle de Auseil desde la que se podía ver la ladera más allá de la muralla, y la ciudad extendida por debajo. Estaba muy oscuro, pero las luces de la ciudad siempre ardían, y yo esperaba verlas allí entre la lluvia y el viento. Sin embargo, cuando miré desde la más alta de todas las ventanas del frontón, mientras las velas chisporroteaban y el insano violín aullaba con el viento nocturno, no vi ninguna ciudad extendida abajo, ni luces amistosas que brillaran en las calles recordadas, sino sólo la negrura del espacio ilimitado; un espacio inimaginado, vivo con movimiento y música, y que no tenía ninguna apariencia de nada en la tierra. Y mientras me quedaba mirando aterrificado, el viento apagó las dos velas de aquella antigua buhardilla de picos, dejándome en una oscuridad salvaje e impenetrable con el caos y el pandemonium delante de mí, y la locura demoníaca de aquel violín nocturno detrás de mí.

Retrocedí tambaleándome en la oscuridad, sin poder encender una luz, chocando contra la mesa, volcando una silla, y finalmente abriéndome paso a tientas hasta el lugar donde la negrura gritaba con una música estremecedora. Para salvarme a mí mismo y a Erich Zann podía al menos intentarlo, fueran cuales fueran los poderes que se me opusieran. Una vez creí que una cosa escalofriante me rozaba, y grité, pero mi grito no se oía por encima de aquel horrible violín. De repente, de la negrura, me golpeó el arco que asestaba locamente, y supe que estaba cerca del músico. Tanteé el terreno, toqué el respaldo de la silla de Zann, y luego encontré y sacudí su hombro en un esfuerzo por hacerlo entrar en razón.

No respondió, y el violín siguió chillando sin cesar. Llevé mi mano a su cabeza, cuyo movimiento mecánico pude detener, y le grité al oído que ambos debíamos huir de las cosas desconocidas de la noche. Pero él no me respondió ni disminuyó el frenesí de su música indecible, mientras que por toda la buhardilla extrañas corrientes de viento parecían bailar en la oscuridad y la babel. Cuando mi mano tocó su oreja, me estremecí, aunque no supe por qué; no supe por qué hasta que sentí el rostro inmóvil; el rostro helado, rígido, sin respiración, cuyos ojos vidriosos sobresalían inútilmente en el vacío. Y entonces, por algún milagro, al encontrar la puerta y el gran ce-

rrojo de madera, me lancé salvajemente lejos de aquella cosa de ojos vidriosos en la oscuridad, y del macabro aullido de aquella maldita viola cuya furia aumentaba incluso mientras yo me lanzaba.

Saltando, flotando, volando por aquellas interminables escaleras a través de la casa oscura; corriendo sin sentido hacia la estrecha, empinada y antigua calle de escalones y casas tambaleantes; bajando con estrépito los escalones y los adoquines hacia las calles más bajas y el pútrido río con paredes de cañón; jadeando a través del gran puente oscuro hacia las calles y bulevares más amplios y saludables que conocemos; todas estas son impresiones terribles que permanecen en mí. Y recuerdo que no había viento, y que la luna estaba fuera, y que todas las luces de la ciudad titilaban.

A pesar de mis búsquedas e investigaciones más cuidadosas, nunca he podido encontrar la calle de Auseil. Pero no lo lamento del todo; ni por esto ni por la pérdida en abismos insospechados de las hojas estrechamente escritas que eran las únicas que podían explicar la música de Erich Zann.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**